

siguen con fervor sus explicaciones sencillas y claras hasta los grupos que se congregan en las aulas universitarias para atender sus conferencias científicas. Fué su palabra, portadora de consuelo y de esperanza para los presos de las cárceles, claridad para la conciencia de quienes dudan, mensaje de amor y de comprensión para los que sufren y fuente de enseñanzas que reafirman cada vez más las ideas de los que creen.

Ojalá que la verdad que encendió el Padre Laburu en sus prédicas no se apague nunca y sea fuente de pensamiento y de constante reflexión para quienes le siguieron.

Lima, junio de 1938.

*Mario Alzamora Valdez.*

### *EUGENIO MONTES EN LIMA*

Llegó a Lima en la última semana de mayo D. Eugenio Montes, trayendo la voz de España, de la España eterna de ayer y de mañana.

El pueblo español, desbordante de épica grandeza y repleto como siempre de espiritualidad, vive ahora definitivos días de su historia. Y Eugenio Montes, vidente de estas horas de dolorosa resurrección, ha venido hasta nosotros, unidos ancestralmente en sangre y espíritu a la brava tierra hispánica, para decirnos algo de los sangrientos dolores y los triunfantes heroísmos de su España, de la España inmortal.

En la "élite" auténtica de la hispanidad no es extraño el nombre de Eugenio Montes. Pertenece a una generación intelectual que ha tenido el dramático destino de presenciar hasta ayer los extremos abismos de la caída y de contemplar ahora el gigante despliegue de heroísmo, precursor de los nuevos días. Montes fué, precisamente, uno de los pocos que, en medio de la tristeza de un presente que ya se quedó atrás, puestos los ojos en la imperial grandeza del pasado, comenzó a predicar la cruzada del porvenir.

Hace algunos años de tan penetrante previsión. Menguados Calibanes, señores omnimodos de los tiempos decadentes, desoyeron estas palabras del porvenir. Era extraña empresa aquella cruzada juvenil. La voz de Montes y de otros altos dirigentes del pensamiento joven de España, tenía un raro acento, completamente incomprensible en una mediocre República Española, desconcertada y después enloquecida. Eran los días confusos de los grisáceos "intelectuales puros", de los caciques prepotentes y de los deficientes políticos cazarros, policiales, insignificantes. Decadente curva de España. ¡Imposible que todos esos variopintos personajes, genuinos personajes de la decadencia, entendieran lo que decían las candentes voces llenas de juvenil ansiedad española! Y fué una gloria más para la altiva juventud de España no ser entendida por esa difusa fauna que, entre negociados y tumultos, arrastraba a España hasta el fondo del abismo donde perversos y voraces, ya esperaban los cuervos de Moscú.

Eugenio Montes y otros altos capitanes jóvenes del pensamiento español, seguidos de valiente juventud, predicaban sin cesar, en aquéllos meses todavía

no lejanos de 1933, la resurrección milagrosa de los grandes días. Era la noche, y, desvelados por ideal y pasión, ellos esperaban el amanecer. Soldados y poetas, combatían y soñaban. Se llamaron "Falange Española" y eligieron un jefe: José Antonio Primo de Rivera. Ha caído ya este luchador de gran estilo, y muchas almas blancas lloran su martirio. Pero su sangre ha ennoblecido más sus banderas y ha agigantado el heroísmo de sus juveniles camaradas.

¡Desoída y solitaria "Falange Española" de 1933! Junto a sus profetas de alto acento juvenil, se aletaban las selectas minorías de la mejor juventud de España. La gente joven, esa gente rara cuyos corazones no conocen de trapicheos ni mezquindades, se alejaba de la carroña de los Partidos, abandonaba la ingenua pasividad de la paz provisoria, y se alineaba bajo las limpias banderas de "Falange Española". Allí encontraban los juveniles corazones cálido clima vital y aquella soberbia e indescifrable belleza de la conducta limpia. Junto a esa fervorosa alegría de los obstaculizados "idealistas" de "Falange Española", la brava juventud de España, de esa España desgarrada de 1933-1936, encontró a la otra España, a la verdadera y única de ayer y de mañana. Y la estupenda fe de los "idealistas" y de los "soñadores", esa fe gigante que mueve las montañas, hizo el grandioso milagro que hoy admira el mundo.

Recordar esos días de terrible y hermosa batalla es rendir el mejor tributo de comprensiva simpatía a Eugenio Montes. ¡Triste ternura de los recuerdos queridos! Fué él uno de los primeros que, con su maravillosa pluma, agitó las almas juveniles de España, y muchos de los que con él partieron a la cruzada han caído en el camino.

Por eso el recuerdo es aquí elogio. Porque, cuando las fuerzas marxistas de España, manejadas por oscuros tártaros enemigos de la Belleza y de la Justicia, rabiosos enemigos de las más delicadas conquistas del espíritu humano, lo invadían ya todo con empuje colosal; cuando, en los años anteriores a la guerra de hoy, España estaba ya cögida en cuerpo y alma por la monstruosa psicósis marxista —fiel imagen del Leviatán apocalíptico—, fué Eugenio Montes uno de los pocos altivos y finos espíritus que se alzaron entre las gentes de pensamiento contra esa prepotente invasión que ya consumía las sagradas esencias espirituales de España. En medio de la languidez de los esteticistas y de la traición de los complacientes, Montes se lanzó a la batalla con desafiante fortaleza. Su pluma, que otro tiempo cantó suavemente las bucólicas bellezas de sus campiñas gallegas, se templó entonces en la orgullosa proclamación de una fe. La mística fe en el espíritu atacado y ya casi ahogado de España.

Todo estaba, pues, en contra cuando, junto a otros animosos camaradas, Eugenio Montes, con su estilo ágil y profundo, comenzó a horadar los corazones al golpe certero de próceres recuerdos. ¡Días de lucha final! Ya estaban cosechados los más amargos frutos de la "leyenda negra" con que se deformó la historia imperial de España. Estafada por pérfidos conductores de talento, la multitud ululaba públicamente contra las glorias que sus antepasados conquistaron con sudor y sangre. Muchos creían que había llegado el fin. Era el estertor desesperado de la decadencia. ¿Principio o fin?

Temblaba España en la agonía. Se moría, y, sin embargo, quería vivir! Frente a la traición afortunada que acechaba su triunfo, velaban sus armas los

juveniles caballeros, ardientes y quiméricos, de la "Falange Española". Aquellos heroicos muchachos, desoidos y acosados por todas partes, tenían una fe superior a las miserias de la vida, y cantaban y combatían con juvenil entereza. Ellos no querían creer en el fin de España, que anunciaban intelectuales impotentes y ególatras. En la fe de ellos seguía viviendo el alma de España. Y aquella agonía era, para ellos, la cerrada noche que precede al alba.

Eugenio Montes fué uno de aquéllos obstinados "idealistas", uno de esos apasionados "visionarios". Desde el periódico y la tribuna, él dijo que creía en el destino nacional de España, que creía en el eterno espíritu de España, que esperaba la resurrección de España. Su prosa, llena de finura galaica y acerada energía castellana, era belicoso clarín que convocaba a la juventud para el alzamiento decisivo. Para aquel resurgimiento juvenil que acaudilló José Antonio Primo de Rivera, el "ausente" capitán de corazones homéricos que, como los místicos y los poetas de su raza, supo cantar estoicamente a la muerte al subir por los escarpados caminos de un difícil y supremo amor.

Palpitante está aún esa historia de la que nos habló Montes. En su palabra, que abandona la anécdota para abrazarse a la historia, el público de Lima pudo escuchar una de las más altas y auténticas voces de la España contemporánea. De esa España resurgida que deberá ser mañana la misma del Cid y de la gigante Señora y Reina Isabel, la misma España de Felipe II y de José Antonio Primo de Rivera, juvenil conductor de nuestro tiempo, extraña fusión feliz de Don Quijote y el Gran Capitán.

Más que como intelectual, nos habló, pues, Eugenio Montes con la lúcida pasión del combatiente. Su frase, encendida de ardiente amor a su idea, no tiene el tono fácil del espectador. Es voz llena de épica resonancia, porque él es un actor del drama vivo que ya va terminando, felizmente, en la purificada tierra española. El recuerdo de sus camaradas caídos en las asperezas oscuras de las trincheras, presta ahora a la palabra de Eugenio Montes patética tonalidad y acorde de heroísmo. Y por eso, porque es un hombre de estos tiempos de lucha final, Lima escuchó su palabra con el silencioso respeto de la amistad comprensiva. Y todas las veces, al final de sus frases de vibrante penetración, se llevó cálidas ovaciones de los que, al escucharlo, entendieron la noble espiritualidad de su mensaje.

El eco de todos esos aplausos saludó las perdidas tumbas de los camaradas de Eugenio Montes que, con sencilla austeridad juvenil, se marcharon de la guerra a la gloria!

Lima, 10 de junio de 1938.

*Jerónimo Alvarado Sánchez.*